11365

UN CAPRICHO,

COMEDIA EN UN ACTO DE ALFREDO MUSSET,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/uncaprichocomedi3104muss

UN CAPRICHO,

COMEDIA EN UN ACTO DE ALFREDO MUSSET,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO LOPEZ Y LOPEZ.

Estrenada en el Teatro de Variedades la noche del 22 de Febrero de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA.....	Doña Mercedes Buzon.
JUANITA.....	Doña Josefa Samper.
EL CONDE.....	Don José Vallés.
UN CRIADO.....	Don N. N.

La escena es en Madrid.—Época corriente.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Cárlos Cambronero, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete amueblado con elegancia en casa del Conde: dos puertas en el fondo; en el centro de éste una chimenea con espejo; sobre el mármol un reloj. Á la izquierda del actor un piano: en primer término, á este mismo lado, un confidente: á la derecha un velador: delante de la chimenea un costurero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JUANITA.

Está sentada junto á la chimenea bordando un porta-moneda encarnado.

Así así, bien, muy bien. Ya le falta poco. No porque yo le haya hecho, pero es un porta-moneda precioso. (Mirando el reloj.) Son las ocho. Todavía estará vistiéndose mi marido. Vendrá de fijo á mi cuarto ántes de que le conluya. No voy á poder entregárselo hasta mañana. Tiene algo de novela esto de que una mujer esté haciendo á hurtadillas un porta-moneda para su marido. ¡Y despues de un año de matrimonio! ¡Qué diria Ricarda si lo supiese! Él mismo se reiria del misterio con que lo hago. Pero la cuestion es, que delante de él no hubiese podido trabajar á mis anchas, por-

669785

que seria como decirle: ¿Ves cómo me acuerdo de tí? Y pareceria que se lo echaba en cara. No así cuando le presente mi porta-moneda acabado. (Mirándole.) Entónces serás tú quien le diga: tu mujercita se ha acordado de tí. Va á quedar lindísimo. Hace quince dias que no he pensado mas que en tí. ¡Pobrecillo! Cuando te principié era yo completamente feliz. Hoy... hoy me he pasado el dia llorando. Cómo corre el tiempo. Mucha prisa me tengo que dar. (Escucha.) Se me figura que viene ya. Sí, él es. Me ama todavía. No hay tiempo de hacer nada. Mañaña se le daremos. (Le guarda en el costurero.)

ESCENA II.

JUANITA, el CONDE sale por la izquierda.

CONDE. Buenas noches, Juanita. ¿Qué tienes?

JUANITA. Nada, Florencio.

CONDE. Estás así como alterada. Tal vez te habrás asustado... He entrado tan de repente...

JUANITA. En lo cual hay un poquito de malicia, pero como esa malicia proviene del amor que me profesas, no me incomodo, al contrario, me alegro. (Le abraza.) Á un marido se le perdonan estas picardigüelas.

CONDE. Es que yo no soy tu marido á secas, soy tu amante.

JUANITA. Tienes razon. Cuanto vales. (Ap.) Me dan ganas de darle el porta-moneda tal y cómo se halla, sin concluir.

CONDE. Pero, qué vestido tienes? No sales?

JUANITA. No tengo ganas de ir á ningun lado. ¿Tú vas al baile? ¡Qué elegante!

CONDE. ¡Elegante! Psit. No me sienta del todo mal este frac, ¿eh? (Mirándose en el espejo que hay sobre la chimenea.)

JUANITA. Coqueton. ¿No piensas en mí cuando te miras al espejo?

CONDE. Juanita, tú te has figurado una cosa, y es que voy al baile por bailar. Te aseguro que es un compromiso, y

casi casi me alegraria tener un pie malo para no ir.

JUANITA. Pues la cosa es bien sencilla: manda un recado diciendo que estás en cama.

CONDE. Mujer, habiendo dado mi palabra... Creo que tu reloj se adelanta. No debe ser tan tarde.

JUANITA. Pero hombre, esta no es hora de ir al baile.

CONDE. Es que tengo que hacer ántes una visita.

JUANITA. Ah, ya! De todas maneras no te vayas tan pronto. Estáte un momento aquí conmigo. Te tengo preparada una sorpresa.

CONDE. Mira, Juanita, yo nunca te pido cuenta de si sales ó de si entras. Te dejo en completa libertad. Debes hacer tú lo mismo conmigo. ¿Cuál es la sorpresa que me decias?

JUANITA. ¿Sorpresa? No, yo no he hablado nada de eso.

CONDE. Se me figuró haber oido... Dime, ¿tienes aquellos valses de Barbieri?...

JUANITA. Sí.

CONDE. Déjamelos si no te hacen falta. Me los han pedido por dos ó tres dias.

JUANITA. ¿Quién? Matilde Velazquez?

CONDE. (Toma los valses que le da Juanita.) Matilde Velazquez! Matilde Velazquez! Á qué viene ahora hablar de ella?

JUANITA. Yo no he hablado de ella. Ni me acuerdo del santo de de su nombre.

CONDE. No, pues lo que es esta vez lo he oido claramente.

JUANITA. Pensaba que estos valses eran para ella.

CONDE. Y cómo diablos se te ha ocurrido pensar semejante cosa? (Se sienta.)

JUANITA. Le gustan mucho.

CONDE. Y á mí, y á tí, y á todo el mundo. Hay uno sobre todo... (Tarareando.) Cómo hace?... No, así no... Lo he olvidado.

JUANITA. Voy á ver si me acuerdo. (Se pone al piano y toca algunos compases.)

CONDE. Ese mismo. Qué vals tan precioso! Le tocas admirablemente.

JUANITA. Tan bien como ella. (Deja de tocar.)

CONDE. Quién es ella?

JUANITA. Ya sabes... La de... Ve... laz...

CONDE. Vamos, hija, esta noche tienes sentada en las narices á la de Velazquez.

JUANITA. Me es antipática. Si yo fuese hombre no me volveria loco por sus coqueterías. (Vuelve á tocar.)

CONDE. Tienes razon. Es un majadero el hombre que se vuelve loco por las coqueterías de una mujer, (Se levanta.) ó por las notas de un vals.

JUANITA. (Deja el piano.) Piensas jugar?

CONDE. Jugaré, pero sin pensarlo; por juego, puramente por juego.

JUANITA. Llevas dinero?

CONDE. Este es un asunto en el que usted... no debe mezclarse. Es verdad que abro las puertas de tus habitaciones con violencia, pero no podrás decir lo mismo de tus cajones.

JUANITA. Pues yo he notado que álguien anda en ellos, porque los dejo vacíos y muchas veces los encuentro llenos de oro.

CONDE. Como yo sé qué uso haces de tu dinero, es un medio de que me valgo para ser caritativo. Los pobres me lo agradecerán.

JUANITA. Florencio mio, qué bueno eres! Perdóname que te haya preguntado el estado de tu bolsillo.

CONDE. Por perdonada.

JUANITA. Dí, Florencio, te gustaria á tí un porta-moneda encarnado bordado de plata?

CONDE. No, no me gusta el encarnado. Y ahora que me acuerdo, aquí tengo uno que me han regalado ayer mismo. Qué tal te parece? Es de buen gusto? (Saca un porta-moneda azul.)

JUANITA. Déjamele. (Le coge, le mira detalladamente y se le devuelve á su marido.) No es feo... Está bien... De qué color es? (Algo contrariada.)

CONDE. De qué color es? La pregunta es chistosa. Pues no lo

has visto?...

JUANITA. Ha sido una equivocacion. He querido decir que quién te lo ha regalado.

CRIADO. (Anunciando.) La señora Marquesa del Romeral.

JUANITA. (Disgustada.) No estoy en casa.

CONDE. Pobre Marquesa! Que entre, que entre. (Váse el Criado.)

JUANITA. Florencio, no me dirás quién te ha regalado este porta-moneda?

CONDE. Que viene Ricarda.

ESCENA III.

DICHOS, la MARQUESA, sale en traje de baile por la derecha.

MARQ. Buenas noches, amigos mios, muy buenas noches. Cómo va, Conde? (Le alarga la mano) Y tú, Juanita? (La besa frenéticamente.)

CONDE. Oiga usted, Ricarda, ha llegado usted á tiempo de reirse un rato. Figúrese usted que he enseñado este porta-moneda á Juanita...

MARQ. ¿Y qué? (Interrumpiéndole.)

CONDE. Espere usted. Le he enseñado este porta-moneda, y despues de darle mil vueltas y mirarle de arriba abajo, me pregunta que de qué color es.

MARQ. Bien se ve, azul.

CONDE. Pues ahí está la gracia, que me pregunta... despues...

MARQ. Juanita, no vienes al baile de la embajada?

JUANITA. No; he hecho ánimo de quedarme en casa.

CONDE. Pero, Marquesa, no se rie usted de la pregunta de m mujer?

MARQ. En efecto... Sí... ¡Calla! Yo conozco este porta-moneda... Sí... Precisamente... Bah! bah! Está hecho por las delicadas manos de Matilde Velazquez.

CONDE. Marquesa... (Turbado.) Yo... Es... ¿De qué saca usted eso?...

MARQ. De que es azul. Estuvo rodando el invierno pasado por todas las tertulias de Madrid. Ha tardado en hacerle lo ménos siete años, y juzguen ustedes si en tanto

tiempo no habrá sido destinado á pocas personas. Moralmente ha pertenecido á tres ó cuatro que yo conozco, yo. No hay más que saber quién es la de Velazquez y sacar la cuenta de los que la han hecho el amor. Es una herencia preciosa, Conde.

CONDE. Pero, Ricarda, aunque no hubiese en toda la tierra más que un porta-moneda.

MARQ. Azul, de seguro que no hay más que ese. No me engaño, no, es el mismo. Me basta haberle visto una vez para conocerle siempre. ¡Vaya un color! Azul! El violeta, el encarnado, son bonitos; pero el azul... El azul es un color tonto, que no dice nada. Yo detesto el azul.

JUANITA. Es el color de la constancia.

MARQ. Es el color de las bailarinas, el color de los horteras. No hay hortera que no tenga una corbata azul para los domingos. Juanita, ponte como yo, de gran uniforme, y vente conmigo al baile de la embajada.

JUANITA. Ya es tarde para vestirme.

MARQ. ¡Cá! Te avias en un momento. Yo misma arreglaré tu adorno de cabeza. Te llevo en coche. Es asunto concluido.

JUANITA. Otra noche iré contigo. Hoy ya estoy decidida á no salir.

MARQ. Conde, anímela usted.

CONDE. Que haga lo que quiera. Yo no me mezclo nunca en asuntos que no me incumben.

MARQ. ¿Conque le gusta á usted el azul? Deme usted una taza de té. Me voy á quedar aquí.

JUANITA. No, Ricarda, no. No quiero privar al baile de su reina. Vete aunque no sea más que un rato y vuelve luego; charlaremos aquí solas, cerca de la chimenea. Ya que Florencio nos abandona...

CONDE. No sé todavía si iré.

MARQ. Pues entóncss, adios, hija. No voy á hacer más que entrar y salir. Bailaré por tí un vals... y una polka... y un rigodon... y... Hace un frio horroroso. Este invier-

no he tenido ya trece constipados. Voy á coger el décimocuarto. Ántes de media hora me tienes aquí. Estoy triste, muy triste. Adios, Juanita. Buenas noches, caballero de lo azul. (Váse riendo por la derecha.)

ESCENA IV.

JUANITA, el CONDE.

CONDE. Qué cabeza más destornillada tiene esa mujer.

JUANITA. Tú la has mandado entrar.

CONDE. ¿Qué apostamos á que te has creido que este porta-moneda es el de Matilde Velazquez?

JUANITA. Tú dices que no...

CONDE. Estoy seguro de que lo crees.

JUANITA. ¿Y por qué estás seguro?

CONDE. Porque conozco tu carácter. Ricarda es para tí un oráculo. Si tú te fijases bien verias cómo lo que ha dicho no tiene sentido comun. Y sin embargo, se te ha metido en la cabeza...

JUANITA. Si no lo creo. ¿Tendré que creerlo á la fuerza?

CONDE. Lo crees, lo crees. Me lo dicen tus ojos.

JUANITA. Si te empeñas lo creeré. Nada. Te lo ha regalado la de Velazquez. ¿Estás satisfecho?

CONDE. Vamos á ver ¿y qué mal habria en ello?

JUANITA. Ninguno, y por lo tanto, si así hubiese sucedido tú no lo negarias.

CONDE. No lo niego. La verdad es, Juanita, que ella lo ha hecho. Lo llevo por compromiso. Soy franco contigo porque te quiero. Vaya, buenas noches. Volveré pronto para tomar el té con vosotras.

JUANITA. Florencio, no me dejes así.

CONDE. ¿Qué quiere decir así? Estamos incomodados? Me han regalado un porta-moneda y le uso; me preguntas quién y te lo digo. Esto no es una riña.

JUANITA. ¿Y si yo te le pidiese?

CONDE. ¿Para qué le quieres tú?

JUANITA. Para usarlo.

CONDE. ¡Cómo! ¿Usarias tú un porta-moneda bordado por la de Velazquez?

JUANITA. (Con rabia infantil.) No, le echaria en el fuego.

CONDE. Pobre Juanita.

JUANITA. Florencio, me amas?

CONDE. Con todo mi corazon.

JUANITA. Te voy á proponer un cambio. Si tú me das el porta-moneda yo te doy otra cosa.

CONDE. ¿El qué?

JUANITA. Dame el porta-moneda primero.

CONDE. No.

JUANITA. Dámele, Florencio de mi vida, te lo ruego por lo que más quieras en el mundo.

CONDE. ¡Juanita!...

JUANITA. (Se arrodilla.) De rodillas te lo suplico; dámele, Florencio, dámele.

CONDE. No seas tonta, hija, eso es una niñería. Si tú formalmente lo exigieses yo mismo le echaria en el fuego. Qué cosas tienes. Levanta, levanta. No hablemos más de esto. Adios, hasta luego. (Ap.) Vale un mundo mi mujer. (Váse por la derecha.)

ESCENA V.

JUANITA.

Pues ya que no es el porta-moneda azul será el encarnado el que yo eche en el fuego. (Le saca.) ¡Pobrecillo! ¿Te acuerdas tú de lo que te decia hace poco? Hemos llegado tarde. No te quiere... ni tampoco á mí. ¡Ya no me ama, ya no me ama! Y lo que es peor aún, ama á otra, ama á la de Velazquez. ¡Qué desgraciada soy! ¿Por qué te he de quemar? Tú tienes quince dias de mi vida, tú eres el confidente de mis penas. Te hice para guardar dinero y vas á servir para guardar mis lágrimas. Voy á concluirte. Algun dia puede que venga el mismo Florencio á buscarte. (Se sienta y trabaja.)

ESCENA VI.

JUANITA, la MARQUESA.

MARQ. (Aparece por la derecha y quédase parada en la puerta.) (Ap.) Qué manera de recibirle á una. No hay nadie en las antesalas, ni un criado que anuncie. Tendré yo que anunciarme á mí misma. (En voz alta y como si anunciase.) La señora Marquesa del Romeral.

JUANITA. (Guarda corriendo el porta-moneda y se le vanta.) ¡Ricarda, ya de vuelta?

MARQ. Ay, hija, vengo rendida... Con un frio...

JUANITA. ¿Qué tal el baile?

MARQ. ¿Crees tú que he podido entrar? Cuando llegué habia tantísimo coche que me tuve que poner á la cola, y cansada de esperar que me tocase el turno, y llena de frio, porque vengo helada, me he vuelto. Por supuesto que si yo me subo en el pescante, cojo las riendas y la fusta, y atravesando por encima de todos los carruajes llego al portal de la embajada en menos que se dice. Pero, ya se ve, un traje de baile no es lo más á propósito para guiar una berlina. Y luégo lloviendo como llueve... Aquí ya se puede estar.

JUANITA. (Llama y se presenta un Criado.) El té. (Váse el Criado.)

MARQ. ¿Ha salido el conde?

JUANITA. Sí, ha ido tambien al baile. Él habrá entrado.

MARQ. Se me figura que yo no soy santo de su devocion.

JUANITA. Al contrario. Mil veces me ha dicho que eres una de las mujeres más bonitas de Madrid.

MARQ. Es muy galante. Pero no hace más que pagarme, porque yo siempre he alabado su buena figura. Oh! Es muy simpático. ¿Tienes un alfiler?

JUANITA. Aquí hay encima de la chimenea.

MARQ. (Se prende un alfiler.) Estos cuerpos escotados que me hace la Conti parece que se me van á salir de los hombros, que se me van á caer al menor movimiento. ¿Quién te ha hecho este vestido?

JUANITA. Tu modista.

MARQ. Es muy bonito. Un adorno exactamente igual tenian las mangas del vestido de gró marron que me trajo mi tio de París hace años. ¡Qué vestido más precioso! Los carabineros en la estacion le metieron aquel pincho que usaban ántes y me le acribillaron, hija, me le acribillaron. (Entra un Criado con el té, que coloca encima del velador.)

JUANITA. ¿Quieres que te sirva?

MARQ. Ponle muy dulce. Sabes que soy golosa. Pero... No sé qué noto... Estás pálida, Juanita, mírame.

JUANITA. ¿Para qué?

MARQ. Mírame de frente un momento. Tienes los ojos hinchados. Tú has llorado. No hay duda. ¿Qué te pasa, amiga mia?

JUANITA. Nada. ¿Qué quieres que me pase?

MARQ. Qué sé yo. Tú acabas de llorar. Te estoy estorbando. Me voy.

JUANITA. No, Ricarda, quédate.

MARQ. Pero me has de decir lo que tienes. (Juanita mueve la cabeza negativamente.) ¿No? Pues si no tengo tu confianza para que desahogues en mí tus penas, estoy aquí de más. Adios.

JUANITA. ¡Ricarda!...

MARQ. Yo te quiero, Juanita, yo te quiero mucho. Como es mi genio así, tan ligero, te figuras que no tengo pizca de formalidad y estás equivocada. Soy muy formal para los asuntos formales. Sé lo que son dolores, y parece como que se siente un alivio en comunicarlos á una persona amiga. Quiero saber lo que tienes, no por curiosidad, sino por cariño.

JUANITA. Dispénsame, pero no puedo decírtelo.

MARQ. Ah! Ya lo sé. El porta-moneda azul. ¡Qué necia! He cometido una imprudencia al nombrar á Matilde Velazquez. Me acordé despues. ¿Es cierto que el Conde le hace la corte? (Juanita sin responder pasa al otro lado de la Marquesa y se sienta en el confidente cubriéndose el rostro con el

pañuelo.) ¡Válgame Dios! (Quédase pensativa; luégo se aproxima á su amiga.) ¿Sabes lo que dicen los dentistas cuando le hacen á una daño? Llore usted, llore usted. Lo mismo te digo yo, Juanita; llora, que las lágrimas dulces ó amargas siempre consuelan.

JUANITA. ¡Dios mio, Dios mio!

MARQ. Parece mentira, señor. La de Velazquez es una coqueta, por no decir otra cosa. Con una nariz tan fea... ¡Qué hombres! Dejar un ángel por un demonio.

JUANITA. Estoy segura, segurísima de que la quiere.

MARQ. No lo creas. Será un capricho, un entretenimiento. Florencio es hombre de talento y no se dejará dominar por una cualquiera. ¿Has llorado delante de él?

JUANITA. No, nunca.

MARQ. Bien hecho; porque entónces no me extrañaria que estuviese contento.

JUANITA. ¿Contento de verme llorar?

MARQ. ¡Pobre niña! Tú no conoces á los hombres. Vamos, cuéntamelo todo.

JUANITA. Pues verás. Le he bordado un porta-moneda encarnado que pensaba ofrecérsele hoy para poder decirle: mira, he tenido tiempo de hacerle sin que tú lo sepas. No me haces caso, me dejas sola... Cuando se le iba á dar, él ha sacado el azul.

MARQ. Bah! No hay que apurarse.

JUANITA. No es esto todo. Le he pedido el porta-moneda de la de Velazquez.

MARQ. Hum... Has obrado con poca diplomacia. Te lo habrá negado.

JUANITA. Sí.

MARQ. Es claro.

JUANITA. Se le he pedido de rodillas. He rogado, he suplicado...

MARQ. ¡Pobre muchacha! No es digno de tí.

JUANITA. Yo le quiero sin embargo.

MARQ. Me he explicado mal. Es digno de tí, pero es hombre, y por lo tanto, orgulloso. ¿Y tu porta-moneda?

JUANITA. (Se le da.) Mírale.

MARQ. Es cincuenta veces más bonito que el suyo. Y sobre todo no es azul... Yo me encargo de hacer que le guste. Es preciso no tener ojos en la cara para no comprender que un porta-moneda azul es horrible, y que la de Velazquez tiene una boca que le llega de oreja á oreja. ¿Á qué hora vendrá tu marido?

JUANITA. No lo sé. Dijo que volveria pronto, pero se marchó muy sério.

MARQ. Se me ha ocurrido una idea. ¿Quieres hacer lo que yo te diga.

JUANITA. No me lo preguntes siquiera. Sí.

MARQ. Es preciso hacerle creer que has ido al baile. Cuando él venga te sales por la puerta del jardin, te metes en mi berlina y te vas á dar un paseo por la plaza de Oriente ó por la puerta de Alcalá. El caso es dar tiempo al tiempo. (Escribe en el velador.) «Señor Conde de Sandoval, calle... número...» En este sobre envuelves el porta-moneda encarnado y mandas á mi lacayo que le suba sin decir de parte de quién viene.

JUANITA. ¿Y qué más?

MARQ. Á la media hora te espero.

JUANITA. Yo quisiera...

MARQ. Obedéceme.

JUANITA. Es que...

MARQ. Es que cuando vuelvas te ha de dar un abrazo.

JUANITA. Soy tuya.

MARQ. Calla. (Escuchando.) Su coche ha entrado en el portal. No hay tiempo que perder. Ponte mi abrigo. (Ella misma se lo coloca.) Que no se te olvide nada. Sal por aquí. Adios. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

La MARQUESA.

¡Se ha arrodillado á sus piés! Una mujer de veinte años, tan bonita, tan buena, y no la hace caso. Parece imposible que la deje por ir á ver á la de Velazquez.

Para nosotras las mujeres, el corazon del hombre es una linterna mágica; todo lo que dentro de él pasa lo vemos al revés. (Se sienta en el confidente y se pone á leer un periódico.)

ESCENA VIII.

La MARQUESA, el CONDE.

CONDE. (Por la derecha.) Buenas noches, Marquesa.

MARQ. ¡Hola! Florencio. (Con aire distraido. El Conde mira por todos lados y se sienta.) ¿Quiere usted té?

CONDE. Muchas gracias. No me gusta.

MARQ. ¿Ha estado divertido el baile?

CONDE. ¡Cómo! ¿Usted no ha ido?

MARQ. No. ¿Busca usted á Juanita? La he enviado allí.

CONDE. (Se levanta.) ¡Allí?

MARQ. Allí. Al baile.

CONDE. ¡Cá! Habla usted de broma.

MARQ. No, de veras. Usted me dispensará, estoy aquí leyendo una cosa muy interesante en *La Ilustracion*. (Pausa. Durante esta escena el Conde inquieto se sienta y se levanta repetidas veces.)

CONDE. Diga usted, ¿es cierto que Juanita está en el baile?

MARQ. Ciertísimo. Como que la estoy esperando.

CONDE. Me extraña, porque dijo que no queria ir cuando usted se lo propuso.

MARQ. Habrá cambiado de idea por lo visto.

CONDE. (Pausa) ¿Y cómo no ha ido usted?

MARQ. Psit. ¡Qué sé yo! Tenia *spleen*.

CONDE. (Pausa.) ¿Ha ido á pie?

MARQ. No, en mi berlina. ¿Ha leido usted esto?

CONDE. ¿El qué?

MARQ. Es *La Ilustracion de Madrid*. Un discurso que ha pronunciado Emilio Castelar sobre los horangutanes.

CONDE. ¿Sobre qué?

MARQ. Sobre los horan... Digo no, me he equivocado. El discurso de Castelar viene en la otra columna. ¡Qué

torpe!

CONDE. Si me hubiese dicho que iba al baile la hubiese acompañado.

MARQ. ¿Le gustan á usted los discursos de Castelar?

CONDE. Sí, señora.—Pero si ha estado allí ¿cómo no la he visto?

MARQ. ¿Qué? ¿*La Ilustracion*? Estaba aquí, encima de la chimenea.

CONDE. ¿Se burla usted? Yo hablaba de mi mujer.

MARQ. ¿Qué me cuenta usted á mí? Me la ha dado usted á guardar?

CONDE. Cierto que no. Voy á buscarla.

MARQ. Con tanto coche como hay, mientras le toque á usted el turno ya será hora de que ella se retire.

CONDE. Tiene usted razon. Mejor será que la espere. La esperaré. (Se sienta.)

MARQ. Florencio, veo que no es usted consecuente con sus doctrinas. Usted dice que deja á Juanita en completa libertad para que vaya á donde mejor le acomode...

CONDE. Está claro. Y esta noche ha visto usted una prueba de ello.

MARQ. Hum... hum... Le encuentro á usted intranquilo, inquieto... Parece que estos asientos tienen azogue. Francamente, siento haber prestado mi coche á Juanita.

CONDE. Qué tontería, Ricarda, nada de eso. Al contrario, es un favor que le agradezco á usted.

MARQ. No, no me lo agradece usted. No tiene usted motivos para dudar de su mujer. Yo creo que si ella ha ido al baile ha sido por verle á usted.

CONDE. ¿Lo ha dicho, eh?

MARQ. No lo ha dicho, pero...—Decididamente, ¿no quiere usted té?

CONDE. Me hace daño.

MARQ. Yo, sí. Póngame usted una taza. (El Conde lo hace de mala gana.) Se conoce que me ha sentado mal la comida. Me duele el estómago. Yo soy muy nerviosa. Estoy constipada.

CONDE. (Ap.) Cuánto charla esta buena señora. (Ofrece la taza á la Marquesa y ésta sigue hablando sin tomarla.)

MARQ. ¿Es cierto que ha presentado su dimision el Ministro de Hacienda? Lo sentiria. Es una persona muy simpática, mucho.

CONDE. Se está enfriando el té.

MARQ. No tiene azúcar. Póngale usted dos ó tres terroncitos. (El Conde, á cada cosa que pide la Marquesa, hace un viaje desde ésta al velador.) Bien. Ahora póngale usted una gotita de té, un poquitito nada mas. No tanto. Basta, basta. ¡Ay! tiene mucha leche. Eche usted otro poquitito de té. Otro terroncito de azúcar. Nada más. Muchas gracias. Pero... se habrá enfriado.

CONDE. Un poco frio debe de estar.

MARQ. Pruébelo usted.

CONDE. ¿Yo?

MARQ. Sí, usted.

CONDE. (Toma un sorbo.) Efectivamente, está frio.

MARQ. Entónces no sirve para nada. Tírelo usted. (El Conde está de pie con la taza en la mano, delante de la Marquesa, que el mira riéndose.) ¡Ay, me hace usted reir. Qué cara de mal humor tiene usted.

CONDE. (Arroja incomodado la taza en el fuego.) Es verdad, soy un majadero.

MARQ. Nunca le he visto á usted celoso, pero esta noche puede usted competir con Otello.

CONDE. Error crasísimo, señora. ¿Por qué he de estar yo celoso?

MARQ. Por amor propio. Como todos los maridos.

CONDE. Bah! Celoso por amor propio. Es una frase como otra cualquiera; de esas que siempre vienen bien. Lo mismo que, seguro servidor. ¡Cómo se rie el mundo de los maridos!

MARQ. Y cómo se rien los maridos de las pobres mujeres. Viene gente sin duda, es Juanita. (Sale el Criado, que trae en una bandeja el porta-moneda encarnado envuelto en un sobre.)

CRIADO. Acaban de traer esto para el señor Conde. (Éste lo toma

de la bandeja.)

CONDE. Un porta-moneda encarnado.

MARQ. Un presente. No es la hora más apropósito para hacer regalos.

CONDE. ¿Quién ha traido esto? (Al Criado.)

CRIADO. Un lacayo.

CONDE. ¿Hace mucho?

CRIADO. Ahora mismo.

CONDE. ¿Dónde está?

CRIADO. Se ha marchado en seguida.

CONDE. ¿Y qué ha dicho?

CRIADO. Nada, señor. (Váse el Criado á una seña del Conde.)

MARQ. Bien le cuidan á usted sus amigas. Lo que es si pierde usted el dinero no será porque no tenga donde guardarle.

CONDE. No sé quién me lo manda.

MARQ. Hágase usted de nuevas.

CONDE. Esto debe ser una broma.

MARQ. ¿Qué dice el sobre en qué viene envuelto?

CONDE. Nada. Ah, sí. (Lee.) Señor Conde de Sandoval... calle de... Yo conozco esta letra.

MARQ. Si no fuese una imprudencia...

CONDE. De ningun modo: mire usted.

MARQ. En efecto, no es la primera vez que yo la veo.

CONDE. No parece española.

MARQ. ¡Quiá! Inglesa de pura raza. Fíjese usted bien en el rasgo de la ese. Huele á piel de Rusia. Esta dama pertenece al gran mundo.

CONDE. Cualquiera dirá que la conoce usted.

MARQ. (Con fingida emocion.) Yo... no... no... (El Conde la mira con extrañeza y despues se pone á pasear por el teatro.) Lo que decia á usted ántes. ¡Pobres mujeres! Si la de usted supiera esto!

CONDE. Usted está en el secreto. ¿De dónde ha venido?

MARQ. Indudablemente de casa de la de Velazquez.

CONDE. Por más que me devano los sesos no doy con la clave del enigma. Este porta-moneda ha caido del cielo.

MARQ. Entónces es un ángel quien lo envia. Justo: la de Velazquez. Ha reflexionado que el color del otro era muy chavacano, y ha enviado éste para dejar bien puesto su pabellon. ¡Oh! Y lo ha conseguido. Este es mucho más bonito. ¿Cuál de los dos piensa usted llevar?

CONDE Este, sin duda alguna. La que ha hecho este porta-moneda debe verme diariamente. Mañana le sacaré en todas partes y examinaré las fisonomías.

MARQ. Es buen medio. (Riéndose.)

CONDE. (Mostrando el porta-moneda.) Aquí dentro hay una cosa.

MARQ. (Con curiosidad) ¿Qué?

CONDE. Algun complot, alguna trama, alguna conspiracion contra mí.

MARQ. ¡Pobre Conde!

CONDE. Usted lo sabe. Dígamelo usted. Se lo ruego.

MARQ. No.

CONDE. Se lo suplicoo

MARQ. No.

CONDE. ¿Qué quiere usted que haga?

MARQ. Pídalo usted de rodillas.

CONDE. ¿Formalmente?

MARQ. Sí; arrodíllese usted.

CONDE. Pero Ricarda...

MARQ. Arrodíllese usted.

CANDE. (Riendo, y despues de mirar por todos lados, hinca en tierra la rodilla derecha.) Ya estoy de rodillas.

MARQ. No, no, no. La otra.

CONDE. ¿La otra? Bueno. (Cambia de postura poniendo en el suelo la rodilla izquierda.)

MARQ. Las dos, las dos.

CONDE. (Con resignacion.) Lo que usted quiera. (Lo hace.)

MARQ. Bien. Así me gusta. Ahora levántese usted, que me da compasion. (El Conde se levanta) ¿Tiene usted ahí el porta-moneda azul?

CONDE. Creo que sí.

MARQ. Démelo usted y le diré quién ha hecho el otro.

CONDE. ¿Lo sabe usted?

MARQ. Lo sé.

CONDE. ¿Es una mujer?...

MARQ. Ó un hombre.

CONDE. Quiero decir que si es una mujer bonita.

MARQ. Lindísima. Á usted le gusta mucho.

CONDE. ¿Morena ó rubia?

MARQ. Rubia.

CONDE. ¿Con qué letra empieza su nombre?

MARQ. Con una del alfabeto. Deme usted el porta-moneda de la de Velalazquez. Este es el precio de mi secreto.

CONDE. ¿Es bajita ó alta?

MARQ. El porta-moneda.

CONDE. ¿Tiene el pie pequeño?

MARQ. La bolsa ó la vida.

CONDE. Me dirá usted su nombre si se le doy?...

MARQ. Sí.

CONDE. ¿Palabra de honor?

MARQ. Palabra de honor.

CONDE. (Duda un momento: despues se sienta al lado de la Marquesa.) Ricarda, usted tiene talento y debe comprender que un hombre como yo...

MARQ. No debia tener relaciones con una mujer como la de Velazquez.

CONDE. Un momento. Públicamente, sí, se dice que yo la quiero, pero, si bien... la...

MARQ. Ay! Este rizo se me está deshaciendo.

CONDE. Se le va á caer á usted una horquilla.

MARQ. ¿Me quiere usted hacer el favor de prenderla?

CONDE. Con mucho gusto. Tiene usted un pelo que parece de seda. Ya está.

MARQ. Muchas gracias. (Se levanta y se arregla delante del espejo.)

CONDE. Y qué cutis, Ricarda, qué cutis tan azul.

MARQ. Conde... Conde... (Riendo.)

CONDE. No, no. He dicho un desatino. Como estoy preocupado con el porta-moneda... Tiene usted el talle más bonito del mundo... Y una mujer de talento como usted...

MARQ. No puede convencer á un hombre de talento.

CONDE. Yo tendré talento, pero no tengo el don de agradar.

MARQ. Qué quiere decir eso?

CONDE. Quiere decir que usted se está aburriendo á mi lado, y es porque desearia estar al lado de alguna otra persona.

MARQ. Eso es mucha modestia y se engaña usted. Nadie me agrada ni yo quiero agradar á nadie.

CONDE. Tan jóven... con esos ojos... Francamente, no lo creo.

MARQ. Es la pura verdad. Mi corazon no quiere tener dueño.

CONDE. ¿Y un criado?

MARQ. Señores ó criados, los hombres son siempre déspotas para la mujer.

CONDE. Yo he detestado toda mi vida la conducta del hombre que quiere imponer su voluntad á la mujer que adora, porque eso no es adorar. Yo no quiero una mujer que me obedezca ciegamente; quiero yo obedecerla á ella. Si alguna vez nos hallásemos solos, sin que nadie nos observe, cerca del fuego, en medio del silencio de una noche de invierno, cuando se pudiesen oir hasta los latidos de nuestros corazones, crea usted que no le pediria ni sacrificios ni favores, ni aun palabras de amor; solo una sonrisa de sus labios de rosa y una mirada de sus negros ojos.

MARQ. Pues bien, Florencio, le voy á confesar á usted una cosa.

CONDE. ¿Qué? (Muy satisfecho.)

MARQ. Si no me da usted el porta-moneda azul me marcho.

CONDE. Ricardita...

MARQ. Saque usted los dos. (El Conde lo hace.) Póngase usted uno en cada mano de manera que yo no los vea. ¿Si acierto dónde está el azul, me le dará usted?

CONDE. Sí. (Obedece.)

MARQ. (Dándole en una mano.) Aquí. (El Conde vuelve la mano y muestra en ella el porta-moneda azul.) Gané. Démele usted.

CONDE. Tome usted el porta-moneda y mi corazon. Permítame usted guardar el encarnado.

MARQ. No sólo se lo permito á usted, sino que se lo mando.

(Coge el azul y le echa en la chimenea.)

CONDE. (Duda un momento.) Yo adoro á usted, Ricarda.

MARQ. ¿Y Matilde Velazquez?

CONDE. Matilde Velazquez no ha sído más que un capricho, un pasatiempo.

MARQ. ¿Lo jura usted?

CONDE. Lo juro por mi honor. Nunca la he querido.

MARQ. ¿Y á Juanita?

CONDE. (Sorprendido.) Á Juanita?...

MARQ. Si usted ama á Juanita, con qué derecho se atreve á decirme que me adora? Y si usted no la quiere ya, si usted ha olvidado el juramento que pronunció al pie del altar, qué caso puedo yo hacer de sus palabras?

CONDE. Pero... ¿Este porta-moneda?...

MARQ. No es mio. Le han bordado unas manos más blancas y más bonitas que estas. Y... ante todo. ¿Me querrá usted explicar un enigma que no acierto á comprender? Usted me ha hecho en buen castellano una declaracion; usted se ha arrodillado á mis piés; le he pedido el porta-moneda azul y me lo ha dejado echar en el fuego. ¿Quién soy yo para merecer todo esto? ¿Qué encuentra usted en mí de extraordinario? ¿Que no soy fea, que tengo veinticinco años, los ojos negros y visto con elegancia? Esto creo que no es una cosa tan rara. Yo he sido esta noche para usted un capricho como lo ha sido ántes la de Velazquez. Si mañana se supiese que usted me ha estado enamorando y que yo he escuchado sus palabras, qué dirian de nosotros? Que yo era una coqueta y usted un libertino? Bonito hecho de armas para anotarlo en nuestra hoja de servicios. Yo que me he estado riendo de usted, he logrado lo que no ha podido conseguir su mujer de rodillas y llorando á sus piés.

CONDE. Duro ha sido mi castigo.

MARQ. (Ap.) Ah! Ya está aquí Juanita. (Sale esta por la derecha con el abrigo de la Marquesa puesto al descuido, de modo que se le vea perfectmente su vestido de casa, sencillo al par que ele-

gante. Se coloca detrás del Conde y oculta su rostro con el pañuelo como si llorase.) No voy á darle á usted lecciones de moral. Usted es hombre de corazon, y su corazon le dirá cuáles son los deberes del hombre casado, á quien no le es permitido tener caprichos, ni abandonar á su mujer. Si la encuentra usted con los ojos húmedos de llorar, recoja sus lágrimas en este porta-moneda, porque es Juanita quien se ha pasado quince dias trabajando para bordarle.

CONDE. ¡Pobre Juanita!

MARQ. ¿La querrá usted siempre?

CONDE. Con toda mi alma. (La Marquesa hace volverse al Conde para que vea á Juanita; ésta se adelanta y su marido al reconocerla la estrecha con ternura.) Perdóname, soy un majadero. ¿No has ido al baile?

JUANITA. Mira mi traje. ¿Y el porta-moneda azul?

CONDE. En la chimenea.

JUANITA. Todo te lo debo á tí, Ricarda; nunca lo olvidaré.

CONDE. Ni yo olvidaré jamás que habrá pocos curas que prediquen mejores sermones. (Al público.) Maridos caprichosos que me escuchais, miraos en este espejo y amad de todo corazon á vuestra mujer, porque, si ella aprende de vosotros, tal vez puede costaros la honra tener UN CAPRICHO.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	R. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vincent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Santúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.